

Diana Repeto García ■ Gonzalo Butrón Prida \*

## Tabernas y viajeros en el siglo XIX

Nadie duda del simbolismo que adquiere el viaje en la experiencia humana. Pero más allá de valorarlo como elemento de madurez y conocimiento que prueba el bagaje personal de los individuos, debemos tener presente su aportación como experiencia colectiva de intercambio, que nos permite dilucidar hasta qué punto una sociedad puede llegar a redefinirse gracias al encuentro con la alteridad representada en los viajeros. Los relatos de viajes por la Península Ibérica se remontan hasta llegar a Estrabón en la Antigüedad y se irán sucediendo a lo largo de los siglos, adquiriendo con la Ilustración, que revaloriza la función didáctica del viaje, una relevancia que alcanzará cotas inusitadas ya en el Romanticismo<sup>1</sup>. Estos relatos, junto a los dibujos que los ilustran<sup>2</sup>, se convierten en una copiosa fuente de información para la historia, especialmente, para aquellos investigadores interesados en conocer las costumbres, mentalidades y pautas sociales por las que se rige una comunidad. El viajero se convierte, así, en una metáfora con la que acometer un recorrido por la historia de España en general o de cualquiera de sus procesos concretos, sirviendo de instrumento al desarrollo de las hipótesis propuestas como punto de partida por el investigador<sup>3</sup>. Con nuestra comunicación

\* Universidad de Cádiz. Área de Historia Contemporánea.

<sup>1</sup> De los 858 títulos que Foulché-Delbosc cita en su *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, 643 corresponden al siglo XIX. Cf. Bernal Rodríguez, M. – *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Barcelona, 1985.

<sup>2</sup> En ellos se plasma el enorme caudal de información recogida bajo el prisma de los prejuicios que condicionan la mirada del viajero, autor o inspirador con sus relatos de estos dibujos, por ello el valor testimonial que estas imágenes ofrecen al historiador es, sin duda, comparable al de sus escritos. Vid. Repeto García, D. – «Cádiz, la invención de la ciudad en los grabados». In *Actas del Congreso «Cádiz, la ciudad en su historia. De la ciudadela medieval a nuestros días»*. En prensa.

<sup>3</sup> Mario P. Díaz Barrado sugiere la utilización de la metáfora como recurso que organice la información fotográfica para la reconstrucción de procesos históricos. Planteamiento que nosotros hemos adaptado también al estudio de documentos escritos tomando prestada como hilo conductor una de las metáforas que el autor propone, la del viajero. Vid. Díaz Barrado, Mario – *La fotografía y los nuevos soportes para la información*. Ayer. Madrid. N° 24 (1996), p. 161 y ss.

sólo pretendemos iniciar un tímido acercamiento a la literatura de viajes dejando esbozado el camino a una posible investigación futura.

Desde el siglo XVIII, el viaje es considerado un elemento indispensable en la formación de todo caballero que quisiera preciarse de poseer una educación elitista, pero en las rutas seguidas por los ilustrados, conocidas como *Grand Tour*, la Península Ibérica quedaba habitualmente marginada<sup>4</sup>. En el siglo XIX, surge el viaje como evasión, un nuevo tipo de viajero romántico viene a sustituir al metódico viajero ilustrado y será entonces cuando Europa vuelva sus ojos hacia España dándonos de bruces con la insistente «mirada del otro». El Romanticismo nace como reacción ante la moderna sociedad industrializada, plagada de paisajes urbanos uniformes y en la que la vida cotidiana aparece reglada aun en sus más anecdóticas manifestaciones por una poderosa y vigilante burguesía. El viaje se convierte en una huida, se anhela lo desconocido, la aventura, el peligro, parajes legendarios, incivilizados y especialmente diferentes. España es un país atrasado, devastado por la guerra, en el que abundan vestigios de un pasado oriental fastuoso y exótico. Con la revalorización de la literatura española, nuestro país se convierte en el paraíso romántico por excelencia del que se difunde una imagen cargada de tópicos esencialmente andaluces que se generalizan hasta degenerar en lo que conocemos como la «España de pandereta»<sup>5</sup>, visión deformada de la realidad española, muchas veces desmentida, que tanta aceptación ha tenido entre algunos y tan denostada ha sido por otros. Según el psicoanálisis, el encuentro con la diferencia se hace intolerable y es ante la mirada del otro que se produce la mala conciencia por lo que vemos reflejado en sus ojos. Quizá esto nos ayude a entender la ambigüedad de los sentimientos de admiración y desprecio que el encuentro con España suscitó a propios y extraños y que, aún hoy, la lectura de los textos de extranjeros que nos visitaron sigue produciendo en nosotros.

Los viajeros crearán confirmados sus prejuicios de origen literario a su paso, generalmente fugaz, por tierras andaluzas a las que dedican buena parte de sus obras, otorgándoles una veracidad indiscutible al consignarlos en la narración de sus experiencias. Si ya antes de llegar Andalucía significa para ellos el «edén», los andaluces serán en cambio, aun antes de conocerlos, indolentes, soberbios, incivilizados, violentos, orgullosos, sensuales, jugadores, de rápida inteligencia,

<sup>4</sup> Pese a que los viajeros ilustrados que se dejaron ver por nuestras tierras fueron excepcionales, podemos contar con testimonios tan valiosos como los dejados por Joseph Townsend o Henry Swinburnes. También merece ser citado el español Antonio Ponz por la minuciosidad de su relato, que posee el valor de la autocrítica.

<sup>5</sup> Sobre la elección de España como destino de los viajeros románticos y la influencia de la literatura en la conformación de la visión preconcebida de los mismos, hemos seguido la introducción de: Bernal Rodríguez, Manuel – *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX. Antología*. Barcelona, 1985.

dados al pillaje y pasan el día cantando y bailando. Cualidades que los viajeros explican por determinismo geográfico, mezcla de la herencia oriental y de la adaptación al medio físico dado lo extremo del clima. Según afirma Manuel Bernal Rodríguez, «con este cuadro de cualidades morales se corresponde una galería de personajes excepcionales, auténticos ídolos de la plebe que, sometidos a intensa elaboración literaria, aparecen en los libros de los viajeros románticos convertidos en héroes que resumen los defectos y virtudes de la raza»<sup>6</sup>. Hablamos de contrabandistas, bandoleros, gitanos, toreros, bailaoras... personajes marginales que terminan por erigirse en arquetipos representativos de lo español. Pero ¿cómo logra el tópico solapar la realidad hasta consolidarse y sustituirla?

Para conocer el carácter de un pueblo, no hay nada como participar en los eventos festivos y acudir a los núcleos de encuentro social, por ello los viajeros frecuentan tertulias, teatros y otros lugares mucho menos elitistas como las corridas de toros, bailes y procesiones religiosas<sup>7</sup>. En la búsqueda insistente de emociones que conduce a los viajeros decimonónicos, la marginalidad ejerce una poderosa atracción y se asomarán a ella sin que medie ningún esfuerzo pese a proceder de ámbitos totalmente ajenos. Posaderos, cocheros, taberneros... son los personajes con los que cualquier viajero toma sus primeros contactos. Los románticos no tienen un interés rigurosamente científico por los lugares que visitan, buscan historias que logren sorprenderlos, prefieren vivir desde dentro ese nuevo mundo que se les presenta en vez de analizarlo escrupulosamente desde fuera. Para ello han de buscar sitios como los ya mencionados, que favorezcan la comunicación, y la posada junto a la taberna, ámbito de sociabilidad informal por excelencia, resultan ser probablemente los más idóneos entre todos ellos.

El consumo habitual de vino asociado a la fiesta ayuda, sin duda alguna, a generar ese ambiente cálido de convivencia que integra con enorme rapidez a los visitantes. Gautier al describir una fiesta de toros en Málaga cae en la idealización del matador y habla así del público asistente: «el delirio se adueña de todas las cabezas, un vértigo general agita en sus asientos a los quince mil espectadores, ebrios de "aguardiente", de sol y de sangre»<sup>8</sup>. La idoneidad de la taberna reside, precisamente, en ser por definición un establecimiento donde se vende y consume vino<sup>9</sup>, del mismo modo se explica el caso de la posada, donde los

<sup>6</sup> Bernal Rodríguez, M. – «Tipologías Literarias de la Andalucía Romántica». In *La Imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*. Málaga, 1987, p. 112.

<sup>7</sup> Krauel Heredia, Blanca – *Viajeros Británicos en Andalucía de Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*. Málaga, 1986, p. 351 y ss.

<sup>8</sup> Bernal Rodríguez, Manuel, o. cit., n° 1, p. 147. Cf. Gautier, Théophile – *Voyage en Espagne*. Paris: [s.n.], 1981, p. 341.

<sup>9</sup> Sobre la taberna como espacio de sociabilidad hemos seguido a: Ramos Santana, Alberto – «La Sociabilidad del Vino: Tabernas y Bodegas en la Andalucía Contemporánea». In *Homenaje a Don José Luis Comellas*. Sevilla, 2000, pp. 13-30.



Figura 1 – Juan Rodríguez «Panadero». Escena de taberna (siglo XIX).  
Casa de los Tiros. Granada.

servicios de hospedaje y cocina ofrecidos al viajero, van unidos al consumo de vino. Ambos son lugares muy frecuentados, normalmente asociados a las clases bajas, pero donde tampoco es raro encontrar personajes relevantes de la vida cotidiana de cualquier localidad.

Las descripciones de tabernas y posadas coinciden en reunir los tópicos más significativos, incluso los escritos de Chapman y Buck tan alejados de los intereses propios a los viajeros del XIX<sup>10</sup>, les dedican algunas páginas. En *La España Inexplorada* (Londres, 1910) los autores nos explican que «puede encontrarse una posada en cada pueblo. Estas difieren en calidad: la mayoría de malas a peores». Y tras presentar el lado sombrío de las mismas, ofrecen una visión algo más amable bajo el título «Una noche en una Posada (Andalucía)». Nos cuentan que en las posadas puede disfrutarse de la comida conversando con otros huéspedes y personajes importantes del pueblo (el cura, el barbero...), recabando todo tipo de informaciones. Comienza el rasgueo de guitarra y los lugareños amenizan la velada con cantes y bailes, mientras pasan de mano en mano vasos de aguar-



Figura 2 – Posada (siglo XIX).

<sup>10</sup> Sobre el especial enfoque ofrecido por Chapman y Buck y la preocupación que por la fauna y la caza muestran en sus trabajos puede consultarse: Lacomba, Juan Antonio – «La mirada ajena: Andalucía vista por otros». *Revista de Estudios Regionales*. Málaga. N° 34 (1992), pp. 170-171.

diente y se fuma tabaco en abundancia. Para los autores «*no hay medio más agradable de entrar en contacto con la vida y costumbres del campo español que unas cuantas tardes pasadas en un cortijo o taberna de pueblo en cualquier distrito retirado de Andalucía, tan aficionada a la diversión*»<sup>11</sup>.

No son pocos los investigadores que defienden la significación social de beber un vaso de vino; hecho público que fomenta el intercambio y que permite participar en el entramado de relaciones sociales de la comunidad<sup>12</sup>. Algo parecido podríamos afirmar sobre el tabaco, más aún en Andalucía donde la afición a éste parece muy extendida entre hombres y también muchas mujeres de toda clase social, al menos así lo afirma William Robertson<sup>13</sup>. Sir John Carr explica que «*es tan normal esperar que salga humo de la boca de un español como lo es de la chimenea de una taberna*»<sup>14</sup>. Blanca Krauel habla de fumar como un rito social que permite acortar distancias entre dos individuos que acaban de conocerse. Así lo creen también los viajeros. Ford comenta que ofreciendo tabaco se había ganado el favor de no pocos mayores de diligencias y posaderos. Y George Dennis afirma que «*es siempre aconsejable para el viajero por España, aunque no sea fumador, ir provisto de cigarras, con el fin de propiciarse el favor de todos los hombres. "El cigarro es el alcahuete", el cigarro es un proxeneta, dice el proverbio*»<sup>15</sup>. De igual modo, así debió creerlo Chapman pues comenta lo siguiente: «*un pequeño grupo de holgazanes, como es usual, rondaban por el patio abierto de la posada, buscando "algo nuevo" y especulando con el objeto de nuestra llegada [...] para disipar algunas falsas impresiones, invitamos a los concurrentes a compartir una borcha del fuerte vino local y el usual cigarro*»<sup>16</sup>.

El vino y el tabaco son, junto al juego, hábitos relacionados. El andaluz, aparece en los relatos como jugador empedernido, debido a su tendencia al engaño y la violencia, el juego se convierte en una actividad peligrosa, aunque muy excitante a ojos de un romántico. Davillier hace una recreación literaria muy curiosa sobre el «baratero», experto en el uso de arma blanca que exige a los jugadores participación en los derechos de la apuesta. Como es habitual hay un enfrentamiento y tras proferir amenazas de muerte terminan en la taberna, «*donde se olvida la querella vaciando unas "cañas de jerez"*»<sup>17</sup>.

<sup>11</sup> Pese a encuadrarse cronológicamente en el siglo XX, hemos decidido incluir su testimonio por parecernos de interés y no sobrepasar en exceso los límites temporales que nos hemos marcado: Chapman, Abel y Buck, Walter J. – *La España Inexplorada*. Sevilla, 1989 (Londrés, 1910), pp. 24-25.

<sup>12</sup> Ramos Santana, Alberto, o. c., p. 16.

<sup>13</sup> Cf. Krauel Heredia, Blanca, o. c., p. 350.

<sup>14</sup> Ibidem, p. 350.

<sup>15</sup> Ibidem, p. 351.

<sup>16</sup> Cf. Clavijo Provencio, Ramón – *Viajeros Apasionados. Testimonios Extranjeros sobre la Provincia de Cádiz 1830-1930*. Cádiz, 1997, p. 117.

<sup>17</sup> Bernal Rodríguez, Manuel, o. c. N° 1, pp. 190-193



Figura 3 – «Diñamiento a un señorito» (siglo XIX). Litografía de la Revista Médica de Cádiz.

Pero volvamos al vino, de todos, el elemento más integrador, pues la embriaguez que produce incita a la locuacidad. Washington Irving<sup>18</sup> relata su encuentro con un mendigo quien «conforme el vino y los ánimos le fueron caldeando el corazón» fue perdiendo su reserva y les contó la leyenda de un tesoro enterrado en el castillo de un rey, no podía ser de otra forma, moro. Imbert, por su parte, recoge todos los tópicos en una escena acontecida en una posada que encierra lo que se consideraba la esencia de España: «Después de una comida a base de exquisitos pescados del Guadalete, copiosamente regados con manzanilla, cada uno se dispone a dormir la siesta, cuando el barbero exclama: que me den un traje, yo os enseñaré los pases de capa de Chiclanero y las audacias de Lavi [...]». Tras la parodia de la corrida de toros animados por la manzanilla, Imbert retratará los cantos y bailes evocando en el lector las escenas recreadas por Mérimée<sup>19</sup>.

Muy interesantes resultan las vivencias de Borrow, quien en estos establecimientos tendrá oportunidad de conocer a un posadero carlista, le ofrecerán la compañía en el viaje de un familiar *un poco contrabandista*, le echarán cual vagabundo de uno de ellos, conocerá la historia de unos misteriosos viajeros rusos y tomará contacto con la vida social de Gibraltar gracias a lo estratégico del lugar de hospedaje<sup>20</sup>. Son lugares incómodos, la más de las veces sucios y en ellos, como vemos, ocurren cosas insólitas, en definitiva, resultan ser un marco ideal para la aventura. Debemos considerar que el viajero consigna sus experiencias por escrito novelándolas, con el objetivo de darlas a conocer, muchos incluso viajan por encargo de editores que idean atractivas ofertas para cubrir las demandas de sus lectores potenciales, siendo el interés de éstos proporcional a la excentricidad del relato. Por tanto, el hecho de que no se desmientan tópicos como el peligro de los bandoleros – parece que Slidell fue el único autor de relatos de viaje que vivió un asalto de bandoleros – no se debe exclusivamente a que los viajeros tengan una visión sesgada de la realidad, sino que habría que añadir que hacerlo no suponía un beneficio literario<sup>21</sup>.

También los indígenas contribuyen considerablemente a tal falacia. Más allá de la simple autocomplacencia que arguyen algunos estudiosos, creemos que el *quid* de la cuestión está en la aparición del turismo hacia la segunda mitad del siglo. Los viajeros se convierten en un negocio, los escopeteros velan por su seguridad; si quieren mantener la clientela, lo más práctico es provocar la alarma y lo consiguen sugestionándolos con historias terribles de salteadores

<sup>18</sup> Ibidem, p. 100.

<sup>19</sup> Cf. Clavijo Provencio, Ramón, o. c. N° 16, pp. 109-111.

<sup>20</sup> Borrow, George – *La Biblia en España*. Madrid, 1987 (London, 1843), pp. 201, 216, 266, 379 y 555.

<sup>21</sup> Bernal Rodríguez, Manuel, o. c. N° 1, p. 23.



despiadados que no paran de repetirse de posada en posada<sup>22</sup>. Gautier dice al respecto: «El peligro os rodea, os sigue, os adelanta. No oís cuchichear a vuestro alrededor más que historias terribles y misteriosas: Ayer los bandidos cenaron en esta posada. Una caravana ha sido secuestrada [...]»<sup>23</sup>.

Las posadas y tabernas son pues un punto de información fundamental para el viajero, y todavía lo serán más conforme éste vaya dando paso al turista. Hay una mercantilización de las costumbres como es el caso de las juergas organizadas en las que los componentes fundamentales siguen siendo: el sonido de la guitarra, el cante, bailaoras que hechizan, tabaco y mucho vino para levantar pasiones. Los libros de viaje recabaron tal éxito que terminaron siendo guías para estos turistas en ciernes, que quieren experimentar las mismas sensaciones que han conocido en sus lecturas y a los que el ferrocarril facilita los desplazamientos<sup>24</sup>.



Figura 4 – Enrique Rumoroso «En la taberna» (siglo XIX).

<sup>22</sup> Ibidem, p. 26.

<sup>23</sup> Ibidem, p. 138.

<sup>24</sup> Clavijo Provencio, Ramón, o. c. N° 15, p. 106.

Queremos terminar con algunos fragmentos de un texto de Irving que refleja cuanto hemos venido argumentando: «La presencia de unos extranjeros como nosotros constituía un raro acontecimiento [...] Mi mesonero acompañado de dos o tres [...] compadres suyos, todos enfundados en capas pardas, examinó nuestros pasaportes [...] Mientras tanto, el generoso reparto de unos cuantos cigarrillos había ganado las simpatías de la concurrencia. En un instante toda la comunidad se desvivía por darnos la bienvenida. El mismísimo corregidor se ocupó de nosotros [...] El que estaba al mando del pelotón cenó con nosotros [...] Al propio tiempo nos ofreció algunos de sus soldados como escolta(...) El mesonero había reunido a los músicos y cantaores y a las rústicas beldades de la vecindad y pasando adelante, el "patio" de la posada fue cobrando el aspecto de lo que es una verdadera fiesta española [...] Pedimos al posadero que sirviese una ronda entre los presentes y que la pusiese a nuestra cuenta [...]»<sup>25</sup>.



Figura 5 – E. Giraud y J. Charpentier «El jaleo de Cádiz» (siglo XIX).

<sup>25</sup> Bernal Rodríguez, Manuel, o. c. N° 1, pp. 90-91.